

Medio	Revista Mensaje
Fecha	30-06-2010
Mención	Fernando Berríos, teólogo de la UAH escribe acerca de los hombres y las creaciones que ha realizado y sigue realizando. Lo análoga con el Dios creador y la imagen bíblica del ser humano hecho a imagen y semejanza.



Fernando Berríos
Teólogo, U. Alberto Hurtado y U. Católica

El ser humano ha sido incorporado, desde el inicio mismo del mundo y desde su propio origen, a la empresa mayor de construir su morada a la medida de lo que el Creador soñó para la humanidad.

Una de las afirmaciones fundamentales de la antropología cristiana y que hallamos en el comienzo mismo de la Biblia, es que el ser humano no solo es creatura de Dios, sino que además ha sido hecho “a imagen” del Creador (Gn 1, 26).

Una de las implicancias más importantes de esta afirmación es que a la *imagen* le corresponde, como lugarteniente de Dios, un rol activo y determinante en el devenir del mundo: *Sed fecundos y multiplicaos, y henchid la tierra y sometedla* (Gn 1, 28). Algo semejante se dice en el relato que, aunque más antiguo, está a continuación de la cosmogonía del capítulo inicial de la Biblia: la creatura humana (*Adam*), plasmada a partir de la humedecida tierra (= *Adamáh*), es la única que ha sido dotada del “aliento de vida” del Creador mismo (Gn 2, 7). Ello la ubica por encima del resto de la creación (Gn 2, 18s) pero, al mismo tiempo, pone sobre sus hombros la responsabilidad intransferible de “labrar y cuidar” el Jardín de Edén en el que Dios la ha establecido (Gn 2, 15). En ambos relatos, pues, la actividad humana y su aporte creativo son descritos como factores fundamentales de un mundo digno de su Creador. La potencialidad del quehacer humano queda así, desde su origen mismo, vinculada a la acción del Dios que Israel aprendió a confesar

como el Creador de “los cielos y la tierra” (Gn 1, 1), es decir, como fuente vital de *todo* cuanto existe.

Estos relatos bíblicos, que se valen en su lenguaje y en su estructura de los mitos propios del contexto cultural en que surgieron, contienen reflexiones de fe que buscan dar con el sentido fundamental del mundo y de la presencia humana en él. La tradición judeocristiana ha visto en ese proceso hermenéutico el medio de expresión de Dios que se revela en la historia, por lo que la Biblia es auténtica Palabra divina para los creyentes. Y, por lo mismo, en lo que respecta a nosotros hoy, la Sagrada Escritura no solo entrega principios muy sabios de una cultura antigua, sino que es ante todo un mensaje cargado de inspiración y de luz para las situaciones actuales. A partir de esta inspiración y de esta luz podemos intentar una breve reflexión sobre el sentido cristiano de la creatividad humana hoy.

EL MUNDO, UNA OBRA INCONCLUSA

Habría que partir por la noción bíblica misma de Dios como Creador. Por una parte, es una afirmación del señorío único y absoluto del Dios de Israel sobre todo cuanto existe. Pero, por

otra parte, contiene una concepción del mundo creado como una tarea inconclusa. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo entender esa característica en la obra de la soberanía divina? La única explicación que podemos encontrar en los textos es la determinación del Creador de encargar a la creatura humana la tarea de completar la creación del mundo.

En este contexto se plantea de manera dramática el tema de la libertad, en la perspectiva, reflexionada a partir de la concreta experiencia histórica del pueblo creyente, de que la opción por el mal puede efectivamente ensombrecer el designio original del Creador, poniendo vergüenza, desarmonía y dolor (Gn 3) donde originalmente hubo confianza, comunión y gozo (Gn 2). Pero, previo a esta posibilidad —con una anterioridad no meramente cronológica, sino ontológica—, está el hecho de que el ser humano ha sido incorporado, desde el inicio mismo del mundo y desde su propio origen, a la empresa mayor de construir su morada a la medida de lo que el Creador soñó para la humanidad y el mundo.

Precisamente, esta reflexión sobre el origen del mal contiene indicaciones importantes acerca de los parámetros que deben enmarcar la auténtica colaboración de la creatividad humana en el acto creador.

CREATIVIDAD Y GRATUIDAD

En primer lugar, la colaboración humana en la construcción del mundo es de por sí creativa, por ser gratuita. El quehacer humano se concibe en los relatos del Génesis como un quehacer que se despliega desde la experiencia del don: la vida misma es un regalo y también lo es el mundo en que se ha de vivir; el otro, el prójimo, es don; y Dios mismo es el don por excelencia, como fuente de todos los dones.

La colaboración humana en ese contexto, y especialmente en el relato de Gn 2-3, no aparece determinada en primer lugar por una función utilitaria, sino que es presentada como parte de una existencia gozosa y armoniosa. En el Jardín de Edén no se trabaja “para algo”, sino como expresión de la relación comunal del hombre (*Adam*) con la tierra (*Adamáh*) desde la que fue formado y con el mundo que es la morada de Dios (Edén) y su propia morada.

El trabajo, en suma, como aporte creativo del hombre es una experiencia de gratuidad hasta el momento en que se ve afectado por el impulso degradante del pecado. Tal impulso trastoca, precisamente, esa dimensión del don gratuito y de la comunión, y lleva a enfocar el quehacer humano en clave de autovalidación narcisista, propia de aquel que siente que puede prescindir de los demás.

CREATIVIDAD EN COMUNIÓN CON EL MUNDO

Tal experiencia marca también la trizadura de otra dimensión fundamental del quehacer creativo del hombre como cocreador: esa tarea solo puede cumplirse desde la experiencia de la solidaridad con el mundo, entendido como el contexto amplio para el despliegue de la condición humana.

En los últimos decenios no han faltado voces que han acusado a la tradición judeocristiana —y más específicamente a su interpretación de los relatos del origen en el libro del Génesis— de haber sido históricamente el sostén ideológico de la actitud arrasadora del medio ambiente por parte del hombre moderno. El mandato divino a la creatura humana de “someter” la tierra y de “dominar” a todos los demás seres vivientes habría sido la palabra inicial de toda una historia de abuso y de arrasamiento del mundo. Ello tuvo su hito culminante en la sociedad capitalista industrial tras la Segunda Guerra Mundial. Pero ha contado también, cómo no, con el tributo de las naciones más pobres mediante la explotación indiscriminada, sin normas ni límites, de sus riquezas naturales, eufemísticamente señaladas en el mercado planetario como parte importante de sus “ventajas comparativas”. En esta perspectiva, el hombre se entendió como “sujeto” y el mundo como “objeto”, y la creatividad humana como una compulsión permanente a explotar al mundo como una cantera de satisfacciones de necesidades en infinita proliferación.

La reflexión teológica sobre el mundo como creación de Dios ha debido hacerse cargo de aquella acusación, incorporando una relectura, tanto más profunda cuanto más necesaria, de los relatos bíblicos del origen, por mucho tiempo interpretados solo en clave antropocéntrica, como si el ser humano estuviera solo en el mundo o fuera la única creatura merecedora de la vida. Se redescubre, entonces, el proyecto original del ser humano contenido en estos relatos, que incluye el trato cuidadoso de la creación dentro de una experiencia originaria del trabajo, vale decir, en una experiencia del quehacer humano exenta de penuria y de resistencias por parte del medio natural y, por el contrario, en plena armonía entre ambos polos, como un diálogo fluido entre amigos entrañables.

En parte gracias a este replanteamiento, el hombre de la sociedad post-industrial ha ido redescubriendo el mundo y a sí mismo en relación con él. Ha iniciado el camino hacia una reconciliación profunda y ha forjado un nuevo ideal, el del equilibrio ecológico, que es tal vez el único ideal que logró sobrevivir al fin abrupto del mundo bipolar. Es desigual el desarrollo de esta nueva conciencia a lo largo y ancho del mundo y, sin duda, será dificultoso y lento superar los escollos de la ambición y de la codicia en aquellas regiones regidas por democracias débiles, en que las riquezas naturales son todavía una presa disputada por algunos pocos depredadores en función de sus intereses particulares.

Esta dimensión fundamental de la antropología bíblica resulta especialmente desafiante en el mundo globalizado de hoy, en que todo pareciera indicar que el sentido de la existencia se juega a nivel de los individuos, que deben competir mucho y colaborar poco con el prójimo para gozar de los bienes de este mundo. Se ensalza la creatividad de los “emprendedores” y se entiende por tales a aquellos que logran desarrollar el talento necesario para distinguirse con ideas y proyectos que los hagan triunfar a costa de la derrota de otros. La interrogante por el sentido cristiano del trabajo y de la creatividad se torna entonces una pregunta incómoda y nadie está exento de conformarse con una respuesta centrada en el fuero interno y en la incierta apuesta por la rectitud de intención de cada cual ante Dios, como Juez de las conciencias. ¿Va en esa dirección la propuesta antropológica a la que nos confronta la Palabra de Dios en el libro del Génesis?

CREATIVOS COMO EL CREADOR: *CREATIO EX AMORE*

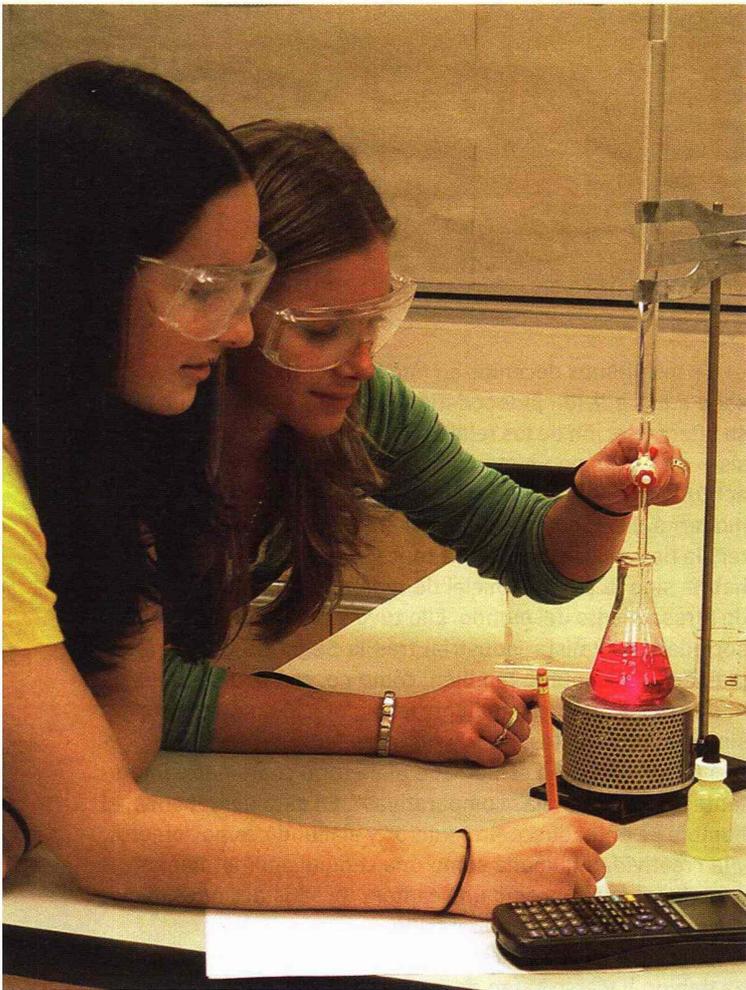
La invitación es, claramente, otra, de tal modo que el problema reside más bien en cómo acogerla e intentar realizarla creativamente, “según tiempos, lugares y personas” (san Ignacio de Loyola). Deberíamos darnos por satisfechos si logramos emprender el camino de comprender e internalizar las intuiciones bíblicas fundamentales que hemos señalado brevemente en estas líneas. Ante todo, que el ser humano no solo es el fruto mayor de la acción creadora de Dios como acto de amor (*creatio ex amore*), sino sobre todo que ha sido incorporado a ese impulso al ser plasmado como su *imagen* o por la recepción de su *aliento de vida*.

Así, ser creativos se nos plantea como algo que va mucho más allá del carácter (supuestamente) novedoso que quisiéramos asociarle siempre al actuar humano. La invitación es más bien a colaborar permanentemente con el Creador, como tarea de toda la vida, en una acción marcada a fuego por el principio de la solidaridad. En otras palabras, ser seres creativos en el mundo, con el mundo y con el prójimo, y no en la soledad de los meros proyectos personales-individuales. Y descubrir así que el mayor acto creativo de nuestras vidas probablemente no pasará a los anales de la fama ni a engrosar las páginas de una biblioteca, pero sí quedará en la memoria de una comunidad concreta, que podrá reconocer en ese acto un signo del proyecto de vida que el Creador soñó para su creatura predilecta y para el mundo que forjó para ella. **MSJ**

CREATIVIDAD: EXPRESIÓN DE LA COEXISTENCIA

Finalmente, el auténtico sujeto del acto creativo es el ser humano que se completa en la experiencia del reconocimiento del *otro* como un *tú*, es decir, del prójimo que, siendo distinto de mí, me es tan íntimo que no puedo prescindir de él para la determinación de mi propia identidad. Ambos relatos bíblicos se refieren a esta dimensión literalmente fundamental de la creatura humana. Aludiendo a esta, el texto sagrado precisa que el Creador “a imagen de Dios *le* creó, macho y hembra *los* creó” (Gn 1, 27). La creatura humana completa es, pues, esta unidad de la complementación en la diferencia. A su modo, con toda esa célebre simbología del sueño y de la costilla, el relato de Gn 2 expresa la misma idea básica: la creación del ser humano culmina recién en el momento en que el varón primordial reconoce a ese ser que Dios le pone enfrente y exclama: *Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne* (Gn 2, 23). Y a continuación, un aserto que las buenas traducciones expresan así: *Esta será llamada varona, porque del varón ha sido tomada*. El juego de palabras en la versión hebrea original es inequívoco en su intención.

El quehacer humano se concibe en los relatos del Génesis como un quehacer que se despliega desde la experiencia del don: la vida misma es un regalo y también lo es el mundo en que se ha de vivir; el otro, el prójimo, es don; y Dios mismo es el don por excelencia.



El trabajo, como aporte creativo del hombre, es una experiencia de gratuidad. Pero puede verse afectado por el impulso degradante del pecado, que enfoca el quehacer humano en clave de autovalidación narcisista y olvida que su tarea solo puede cumplirse en solidaridad con el mundo.